

CAPITULO LXIII.

El triunfo de la religion católica sobre la idolatría pagana.



Los pueblos, como no pueden vivir sin religion, y cuanto más salvajes más les sorprende y entusiasma lo maravilloso, sucedió que los zempoales, despues de vencerse del asombro de que sus dioses no castigaban el atentado cometido por los españoles, despreciando á aquellos, los reemplazaron con éstos.

Los españoles fueron para los zempoales unos verdaderos ídolos.

No podia Hernan Cortés desperdiciar la ocasion que se le presentaba de arrojar en aquella gente y entre aquellos hombres la semilla del cristianismo.

Al pedir la vénia del cacique, dispuso que los mismos indios hiciesen una hermosa hoguera, y quemasen en ella los fragmentos de los ídolos que los españoles habian arrojado de sus pedestales.

Terminada aquella ceremonia, á la que asistieron todos los habitantes de la ciudad, dispuso que en el adoratorio en donde habia tenido lugar la escena que hemos referido en el capítulo anterior, se picaran las paredes, borrándose de ellas las manchas de sangre con que recordaban los sacrificios humanos los idólatras.

Despues mandó blanquear las paredes con una capa de un yeso resplandeciente que poseian los indios, y que se asemejaba á la escayola.

Cuando estuvo purificado de esta manera el templo, mandó

construir un altar, y colocó en él otra de las imágenes de la Virgen que llevaba consigo.

Los indios presenciaron todos estos trabajos con la mayor curiosidad é interes.

La imagen con que habian reemplazado sus toscos y monstruosos ídolos, produjo en ellos mucho efecto.

Aunque el buen gusto es relativo, la verdadera belleza es absoluta.

Pobre estaba el altar que dedicaron los españoles á su Santa Patrona.

Pero le adornaron con flores y luces, y la primera misa se celebró con la mayor solemnidad.

Quiso Cortés que asistieran á ella los zempoales, y durante toda la ceremonia no separaron los ojos del sacerdote.

Todos se arrodillaron.

Procuraron imitar á sus huéspedes.

No era posible, dada la premura con que pensaba Hernan Cortés continuar su marcha, detenerse á instruir á aquellos hombres en los misterios de la religion católica.

Las primeras tentativas que se hicieron, demostraron que aquella tarea debia ser larga y penosa.

Hernan Cortés se decidió á ponerse en marcha.

—Voy á partir, dijo al cacique; pero aquí dejo la sagrada imagen á quien todos adoramos.

Vosotros cuidareis de ella.

La adorareis, no sacrificando á vuestros hermanos, sino postrándoos de hinojos ante ella, y pidiéndole que os ampare, y de este modo estad seguros de que no os faltará nunca el apoyo del cielo.

Dió las órdenes de partir, y cuando ménos lo esperaba, se presentó á su vista Juan de Torres, el soldado que le habia avisado del horrendo sacrificio que estaban consumando los indios.

—Señor, le dijo, vengo á pedir una gracia.

—¿Qué es lo que quieres, Juan de Torres?

—Ya veis cuán viejo soy; mi cabellera está blanca, y las arrugas de mi rostro indican que solo la lealtad que os profeso y el deseo de contribuir á propagar la fe cristiana, me han traído hasta aquí.

—Ya sé que eres un modelo de hombres de bien y de soldados valerosos.

—Pero estoy ya cansado, prosiguió Juan de Torres.

He sufrido mucho en el mundo.

Antes de embarcarme para las Indias, se irritó la fortuna contra mí.

Perdí á mis padres, perdí mi fortuna, ví morir á mi esposa, y los dos únicos hijos que me quedaban bajaron al sepulcro casi al mismo tiempo.

Yo era cristiano, y aunque desesperado, no podía atentar á mi vida.

Para que Dios me diera fuerzas, le ofrecí consagrarme á hacer amar su santo nombre.

¿A dónde iré mejor que á las Indias? me dije.

Y me embarque como sabeis á pelear á vuestro lado en la conquista de Santiago de Cuba, y vine con Grijalva hasta Yucatan; y aunque volví, os he seguido animado de los mejores deseos.

Pero mis fuerzas se acaban.

Yo no puedo servirlos en la guerra.

Quiero pedirlos una gracia.

—Habla, Juan, habla, y no dudes que te complaceré, le dijo con amabilidad Hernan Cortés.

—¿No es posible dejar aquí un misionero para que adoctrine á los indios?... continuó Juan de Torres.

Yo no he estudiado latin ni entiendo de esas cosas.

Pero sé amar á Dios, le amo, y si consentís que me que-

de custodiando el templo que hemos erigido á la Virgen, yo os aseguro que enseñaré á los indios á amar al Sér Supremo.

De esta manera emplearé en su provecho los dias de vida que me quedan, y moriré tranquilo.

—Mucho siento desprenderme de tí; pero admiro tu abnegación, y quiero complacerte.

El cacique llegaba á despedirse de Hernan Cortés, y aprovechando éste aquella circunstancia:

—Este anciano soldado se queda entre vosotros, le dijo.

El custodiará el templo y os enseñará las oraciones que nosotros rezamos para vivir en gracia de Dios.

Obedecedle y respetadle.

El es la imágen viva de mi persona.

¡Qué alcance su virtud y el sacrificio que por vosotros hace el premio que merece!

Juan de Torres se despidió de todos sus compañeros con lágrimas de emoción, y los vió partir.

No quedaba completamente solo.

La fe de su alma le acompañaba, y el recuerdo de los seres queridos de su corazón no se apartaba de su lado.

Los españoles, despues de haber dado el nombre á Zempoala de Nueva Sevilla, se dirigieron á Veracruz, en donde no sin gran asombro vieron un buque de escaso porte.

Los marineros que habian quedado cuidando los bajeles de Hernan Cortés, participaron á éste que habia llegado el dia anterior en aquel navío el capitán Francisco de Saucedo y once soldados, entre los que era distinguido Luis Marin.

Llevaban tambien un caballo y una yegua, y segun habian dicho, el único objeto de su salida de Santiago de Cuba para buscar á Hernan Cortés, no era otro que el de ponerse á sus órdenes y coadyuvar con él al logro de su empresa.

Tales eran las explicaciones que los nuevos viajeros habian dado á los marineros de Hernan Cortés.

Al pronto, la alegría de hallar, cuando ménos lo esperaban, españoles recién llegados de los puntos de donde habian partido, los que ya hacia tiempo que se hallaban fuera de sus hogares, alejó toda sospecha.

Hernan Cortés recibió á aquellos hombres.

Conferenciando con su capitán, le preguntó noticias de Velazquez.

—El gobernador, dijo Saucedo, está profundamente irritado contra vos.

—¿Y cómo os ha permitido venir á mi encuentro?...

—Lo ha ignorado, porque como yo sabia que no me lo consentiria, lo dispuse todo y salimos de noche, sin que nadie se percibiera de ello.

—¿Y cómo, estando tan irritado contra mí, no ha enviado gente en mi persecucion?

—Porque gozais de gran prestigio entre todos los españoles que hay en Cuba.

Pero eso no bastará para disuadirle de su propósito, que no es otro que el de enviar una escuadra más formidable que la vuestra para someteros á su obediencia; y desentendiéndose él á su vez de lo que debe á Diego Colon como almirante y virey de todas las posesiones de España y las Indias, envió un capitán amigo suyo con encargo de hablar á nuestro soberano Carlos V; y gracias á esto, ha obtenido la vènia del monarca para descubrir tierras, otorgándole al mismo tiempo el título de Adelantado.

No sospechó Hernan Cortés que Saucedo pudiera ser un enemigo oculto.

Estaba seguro de la fidelidad de sus soldados.

Pero si el gobernador de Santiago de Cuba enviaba en su perseguimiento gran número de tropas, si estas le obedecian, no habia más remedio que luchar con ellas; y dar aquel espectáculo á los indios, era perder todo el tiempo que se habia adelantado.

—El mejor partido que puede tomarse, dijo, es entenderme directamente con el rey.

A este efecto pensó desde aquel instante enviar á la córte una persona de toda su confianza que refriese al rey cuanto habian hecho por conquistar nuevas tierras para la corona, y le pidiese licencia para seguir conquistando, para llevar á cabo su empresa por cuenta propia.

Maduró su plan, y no tardó en escribir, con el concurso de los capitanes, una carta, dando cuenta al rey de España y emperador de Alemania, Carlos V, de lo que habia pasado desde su salida de Santiago de Cuba, de la conquista y fundacion de Veracruz, de los triunfos que habia alcanzado para la religion; y á fin de conseguir lo que deseaba, pintaba con vivos colores la magnificencia del imperio que se proponia conquistar, para despertar al mismo tiempo la codicia y la ambicion de gloria en el monarca.

Para que tuviera la carta más visos de imparcialidad, hizo que la firmasen, no como capitanes sino como autoridades municipales, los que le acompañaban, y no omitió tampoco las persecuciones de que habia sido objeto por parte de Velazquez.

Siguiendo la táctica que hasta entónces habia empleado con tan buen éxito:

—No quiero hablar de mi persona, dijo á los capitanes.

Os dejo en plena libertad de decir al monarca quién soy, y yo os ofrezco que lo que escribais será llevado á España sin que yo lo vea.

Necesitaba un hombre de toda su confianza para encargarle de aquella mision.

Recordando la lealtad que en todo tiempo le habia guardado Francisco de Montejo, le designó para que fuera á España, y por indicacion de éste, nombró tambien para que le acompañase á Alonso Hernandez de Portocarrero.

Mandó que todo el oro y joyas que hasta entónces se habia recogido fuese ofrecido al rey; y para que la cantidad deslumbrase al monarca, suplicó à todos los oficiales y soldados que se desprendieran de lo que por reparto les habia correspondido; los cuales accedieron, no sin pena, porque no sin pena se desprende el hombre de los objetos de valor.

Hernan Cortés se acordó de su esposa y de su hijo, y encargó à Montejo que fuese á verla á Extremadura, en donde estaba con sus padres, dándole en su nombre una parte de los regalos que llevaba.

Las órdenes que recibió Montejo fueron las de partir directamente á España por el canal de Bahama, sin detenerse en dar vista siquiera á Santiago de Cuba.

Para que el viaje pudiera hacerse sin contratiempos, se eligió el mejor navío, y se encargó de su direccion al piloto Anton de Alaminos.

Todas estas medidas se tomaron en breve tiempo, y casi sin dar lugar para que se apercibieran de ellas los soldados.

Momentos ántes de partir, rogó Saucedo muy particularmente á Hernan Cortés que concediera permiso para ir á bordo del navío que se dirigia á España á uno de los soldados que acababan de llegar, el cual, segun manifestó, se hallaba muy enfermo.

Hernan Cortés, desconociendo las consecuencias que aquella determinacion podria tener, le otorgó la gracia que le pedia.

Con los españoles se embarcaron algunos indios, para que atestigñasen el contenido de la carta que habian de presentar al monarca.

Es tan interesante la historia de la conquista del imperio de México, que como nuestros lectores habrán observado, hemos seguido paso á paso hasta ahora á los principales personajes de esta gran epopeya.

Pero miéntras Hernan Cortés se disponia á acortar la distancia que le separaba de México acaecian en España, y en la mis-

ma ciudad de donde pensaba apoderarse, sucesos tan importantes, que aun á riesgo de cortar el hilo de nuestra narracion, vamos á abandonar á Hernan Cortés y á sus soldados, para asistir á escenas que han de justificar las sorprendentes que encierra en sí el principal interes de esta historia.